

Gozar la eterna es lo que mas importa.

Orlando á un escudero hasta la nave
Manda por un pernil, pan, vino y queso.
Avezado á las frutas, ni recuerdo
Guarda el viejo de á qué la carne sabe;

Mas por no disgustarlos, la de cerdo
Prueba cual los demas, bebe del vino,
Y sentado con ellos á la mesa
Empieza á hablar, así que el hambre cesa.

Hablando de una y otra cosa, vienen
Orlando y Oliveros

A conocer que ante su vista tienen
A Roger, flor de andantes caballeros.
Tampoco al pronto conocerlo nuestra
Reinaldo, bien que antaño
Midió con él su acero en la palestra.

Solo Sobrino en conocer no tarda
Al héroe que acompaña al ermitaño;
Mas por temor de indiscrecion, se guarda
De descubrirlo á los demas. Oyendo
Estos que aquel es el guerrero mismo,
Cuyo ánimo estupendo
Mil pruebas dió de esfuerzo y de heroismo,
Y sabiendo ademas que del anciano
Recibió ya las ondas del bautismo,
Cual le coge la mano,
Cual ósculos le da, cual en sus brazos,
Lleno de amor, le estrecha en fuertes lazos.

Reinaldo, mas que todos expresivo,
Pruebas le da del júbilo que siente.
En el canto siguiente
De este entusiasmo explicaré el motivo.

CANTO XLIV.

Reinaldo promete á Roger la mano de Bradamante. — Llegada de Astolfo á Francia, despues de haber despedido las tropas de Nubia. — Entrada de Reinaldo, Oliveros, Roger y Astolfo en Paris. — Niégase el duque Amon y Beatriz á acceder al enlace de Bradamante y Roger. — Parte este guerrero con deseos de dar muerte á Leon. — Dispersion de las tropas griegas y victoria de los Búlgaros.

El hombre á quien el corazon destroza
Grave desgracia, compasivo pecho
Halla, acaso, mas bien de oscura choza
Bajo el humilde techo,
Que en las cortes y alcázares suntuosos,
Do caridad no existe, do mentira
Son hasta los impulsos generosos.

De esta verdad testigos
Los pactos son de papas, potentados
Y reyes, hoy al parecer amigos,
Y mañana enemigos declarados;
Porque sus labios casi siempre expresan
Sentimiento contrario al que profesan;
Y porque, solo atentos al provecho,
Olvidan la justicia y el derecho.
Incapaces de afectos (pues no existe
Esta ventura en donde,
Ya en asuntos de monta, ya por chiste,
Continuamente la verdad se esconde),
Si por el lazo de comun desgracia
Se ven unidos en region remota,
De la amistad, á su alma ántes ignota,
Sienten la salutifera eficacia.

A deponer todo odio el cenobita
A sus ilustres huéspedes invita.
Y, hallando en cada cual un alma pura,
Comparable del cisne á la blancura,

Sabe unir las con vínculo tan fuerte,
Que romperlo podrá solo la muerte.

Llenos de urbanidad y cortesía
El viejo los encuentra,
Y exentos de la torpe hipocresía
Que en el dolo su dicha reconcentra.
De toda oferta, ó hecha, ó recibida,
Hasta el recuerdo cada cual olvida,
Y de modo se obsequian, que cualquiera
Hijos del mismo padre los creyera.

Por Roger, mas que todos, expresivo
El paladin de Montalban se muestra,
Ya por haber probado en la batalla
El vigor prodigioso de su diestra;
Ya porque en él, al par que pecho altivo,
Los mas corteses sentimientos halla;
Ya, en fin, porque de gratitud profunda
Tiene para con él mas de un motivo.

Sabe el terrible aprieto
En que encontró Roger á Ricardeto,
Y cual, contra las gentes de Marsilio,
Le prestó firme y poderoso auxilio.
Y cual del duque Buovo
Arrancó á los dos hijos de las manos
De hombres abominables é inhumanos.

Respeto, pues, y gratitud sentia
Siempre que estos servicios importantes
Recordaba, y en su alma se dolia
De que no pudo agradecerlos ántes.
Cortes, por tanto, mil y mil protestas
Hace de amor, y mil ofrecimientos,
Y halagos mil, y cariñosas fiestas.

El prudente ermitaño, cuando aquestas
Demostraciones ve, « no queda, » dice,
« Mas que una cosa, que obtener espero :
« Y es hacer que á ese afecto tan sincero,
« Que mutuamente os profesais, suceda
« Union que vuestras razas eternice.

« ¿ Quién, en efecto, veda
« Que de Roger y Bradamante nazca
« Ilustre prole, y que en hacerla eterna
« El Hacedor del orbe se complazca? »

De este modo persuade
Al buen Reinaldo el santo anacoreta;
Y, bien que nuevas súplicas no añade,
Le induce á que prometa
A Roger por esposa á Bradamante.

Apruébanlo Oliveros y el de Anglante,
Y esperan que lo apruebe
Cárlos, y Amon y toda Francia en breve.

Esto decia, si; mas ignoraba
Que, acorde con el hijo de Pepino,
A Leon, heredero
Del monarca de Grecia, Constantino,
Ofreció el duque Amon la bella mano
De Bradamante, siempre que primero
En ello consintiese

De esta doncella el denodado hermano,
A quien en casos arduos, cual aquece,
Se place en consultar siempre el anciano.

Ausente el héroe en tanto de la corte,
Y no previendo los paternos planes,
Da palabra á Roger de que consorte
De su hermana lo hará; y en este enlace
No solo él de antemano se complace,
Sino tambien Orlando, y mas que todos
El viejo anacoreta, el cual añade
Que es imposible que al de Amon no agrade.

Todo aquel dia y parte del siguiente
Con el anciano platicando, olvida
Cada cual que es urgente
Irse ocupando ya de la partida.

Al ver que el viento es próspero, deplora
La marinera gente esta demora,
Y un mensaje, otro y otro y otro manda,
Y de modo los punza y los hostiga,

Que á marcharse á la postre los obliga.

Bendicelos el viejo anacoreta,
Y, dirigiéndose ellos á la nave,
Mandan sin mas tardanza
Dar al viento la vela, al agua el remo.
Y tan sereno el tiempo, y tan suave
Estuvo el mar, que, sin al Ser supremo
Un ruego dirigir ni una querella,
Llegó el bajel al puerto de Marsella.

Mas, en tanto que allí descansa el buque,
Voy yo al encuentro del britano duque.

De la reciente y cruda lid ganada,
Que costó tanta sangre y tanto lloro,
Oyendo hablar Astolfo, y persuadido
De que ya para siempre resguardada
Está la Francia del furor del moro,
Ordena al rey de Nubia, pues no hay guerra,
Que vuelva con su ejército á su tierra,
Por el mismo camino
Por do á los muros de Biserta vino.

Tambien, sin mas demora,
Manda el hijo de Oger que se despida
La escuadra, á cuyos ímpetus vencida
Sin recurso en el mar quedó la mora.
Y luego que hubo á tierra de las naves
Saltado el pueblo negro, recobraron
Ellas su antigua forma, y convertidas
De nuevo en hojas de árboles se hallaron,
En hojas de que en breve
El viento dispó la copia leve.

Mas tiempo es ya que á los franceses reales
Vuelva el príncipe inglés; el cual, apénas
Lcs puntos principales
Proveyó de las líbicas arenas,
Tornó á emprender en Hipogrifo el vuelo;
De Cerdeña y de Córcega en el suelo
Tocó, y de allí por cima al mar torciendo,
A mano izquierda un tanto,



Sale Carlomagno al encuentro de los caballeros. (T. II, p. 445.)

Cambió su curso rápido, estupendo,
Y en las ricas llanuras de Provenza
Parándose en seguida, hizo respecto
Al Hipogrifo cuanto
Le encomendó el Evangelista santo.

Llega á Marsella en fin, y llega á punto
Que Orlando y Oliveros
En aquella ciudad se hallaban, junto
Con Sobrino, Roger y otros guerreros.

Mas, del ilustre paladin difunto
Recordando el destino, no se entregan,
Cual, á no ser por esto, en aquel dia
Hiciéranlo, á legitima alegría.

Nuevas en tanto de Sicilia llegan
Al sabio emperador, por otra parte,
De lo que al rey Sobrino
Y á sus dos compañeros les avino,
Y del trágico fin de Brandimarte.

No ménos de Roger tuvo noticia,
Y, de encima quitándose un gran peso
Al saber que, obtenida la victoria,
Estaban de regreso
Los inclitos caudillos,

Sosten del reino y de las lises gloria,
A toda su nobleza á recibillos
Despacha hácia las márgenes del Sona,
Y en seguida, con hueste numerosa
De reyes y de duques, en persona
Sale hasta las murallas con su esposa,
En torno de la cual iban mil bellas
Y aderezadas damas y doncellas.

Con plácido semblante,
Cárlos, reyes, amigos y parientes,
Nobleza y pueblo, muestras evidentes
De afecto dan al paladin de Anglante.

Y, en tanto que, por toda la comarca
« Vivan Mongrana y Claromonte » suena,
Llegándose al monarca

Reinaldo, Orlando y el marques de Viena,
Seguidos por Roger, se lo presentan,
Y que es hijo le cuentan
De Roger el de Riza,
Y que su brazo invicto
Supo, en mas de una liza,
Al cristiano poner en gran conflicto.

En esto, á cual mas bella y mas apuesta,
Comparecen Marfisa y Bradamante.
Quédase inmóvil de respeto aquesta,
Y mientras aquella con gentil talante
Hácia su hermano va por abrazallo,
El rey, sabiendo que cristiano se hizo
Roger, y que dispuesto está el bautizo,
Le manda que á caballo
Torne á montar, y pónese á su lado,
Deferencia mostrándole y agrado.

Con grande pompa y regocijo juntos
Tornan á la ciudad, de cuyas puertas,
Ventanas y paredes,
Por vistosos tapetes encubiertas,
A manos llenas arrojaban flores
Las damas al pasar los vencedores.

De las calles por todas las esquinas,
Arcos improvisados y trofeos
Vense, que de Biserta
Las llamas representan y las ruinas,
Y álzanse por do quiera coliseos,
Do en danzas y torneos
El pueblo se divierte,
Siendo aquesta inscripcion lo único serio
Que, entre tanta algazara, allí se advierte:
« A los libertadores del Imperio. »

Y del clarin á los agudos sonos,
Entre el gozo, el aplauso y la alegría,
Que embargan por do quier los corazones,
Llega el rey á palacio, en compañía
De damas, de magnates paladines

Y gente de su corte, y los festeja
Con comedias, con danzas y festines.

Saber Reinaldo en tanto al padre deja
Que, de Oliveros en presencia y ante
El mismo Orlando, prometido habia
A Roger por esposa á Bradamante;
Union proporcionada,
Que á cada cual de todo punto agrada.

No sin algun resentimiento escucha
El duque Amon que, sin decirle nada,
Haya su hijo dispuesto
De la mano que él diera
Al sucesor de Constantino; y esto
En favor de Roger, que no tan solo
Reino alguno no espera,
Sino que ni siquiera

Puede decir: « eso ó aquello es mio; »
Que en no habiendo dinero, poca cosa
Valen beldad, virtud, nobleza ó brio.

Mas aun que el duque Amon grita su esposa
Contra Reinaldo, y llámalo atrevido,
Y en secreto y en público le acosa,
Y con teson se opone á que marido
Sea Roger de la doncella hermosa
A la cual ha jurado allá en su mente
Ver algun dia emperatriz de Oriente.

Mas no cede Reinaldo, ni permite
Que á lo ya dicho un ápice se quite.

La madre, persuadida
De que cual ella piensa Bradamante,
La anima, la conforta
Y á declarar la exhorta
Que está dispuesta á perecer, primero
Que dar su mano á un pobre caballero;
Y añade que por hija la reniega
Si de su hermano tal baldon soporta,
Y con todas sus fuerzas no se opone
A la union que Reinaldo le propone.

Turbada la doncella,
 A replicar siquiera no se atreve,
 Pues que sus labios sella
 La reverencia que á su madre debe.
 Además de esto, ¿aleve
 No fuera en prometer cosa que dado
 No le es cumplir? pues, duda ya no queda,
 Olvidar á Roger su fe le veda.

De su madre á los ruegos entretanto
 Resistir no queriendo, aguanta, calla,
 Y, al verse sola, en doloroso llanto
 Entre sollozos y ayes mil estalla,
 Mésase sin piedad la áurea guedeja,
 Y de este modo en baja voz se queja:

« ¿Es posible ¡gran Dios! que cuando se halla
 « Al querer de mi madre opuesto el mio,
 « La divisoria valla
 « No pueda yo romper á mi albedrio?
 « ¡Ah! ¿cuál mayor pecado
 « Cometer puedo? ¿cómo
 « Mas de mi madre incurro en desagrado,
 « Que si mal de su grado esposo tomo?
 « ¡Triste de mi! ¿tendrá el filial respeto
 « En mi alma tanta fuerza,
 « ¡Oh mi Roger! que mis afectos tuerza
 « Y mi dulce esperanza hácia otro objeto?
 « ¿O bien, indiferente
 « Por lo recto mostrándome y lo justo,
 « Habré de consultar tan solamente
 « Mi afición, mis caprichos y mi gusto?
 « Bien ¡miser! sé cuanto
 « Debe hacer por su madre dócil hija.
 « Mas esto ¿de qué vale, cuando aguanto
 « Que á la razon el apetito rija,
 « Y cuando siento una pasión interna
 « Que me inspira, me abrasa y me gobierna?
 « Hija de Amon y de Beatriz parezco
 « Ser, mientras solo del amor soy sierva

« Mis padres, si á su ley desobedezco,
 « Tal vez perdonarán mi acción proterva;
 « Mas si al amor ofendo,
 « Perdon en vano recabar pretendo;
 « Que es raro que el amor excusa admita,
 « Y al rebelde tal vez la vida quita.
 « Con largo afán y con ardor insisto
 « Porque abraza Roger la fe de Cristo:
 « ¿De qué, de qué me sirve
 « Haberlo conseguido, cuando veo
 « Frustrado mi mas fervido deseo,
 « Semejante á la abeja, que miel rica
 « Con sumo ardor, no para si, fabrica?
 « Perder la vida, empero,
 « A no ser taya, ¡oh mi Roger! prefiero.
 « Si á mis padres me muestro inobediente
 « Obrando así, sométome á mi hermano,
 « Que es mucho mas prudente,
 « Y de juicio mas jóven y mas sano.
 « Visto además que en esta union consiente
 « Roldan, tambien reparo
 « Que contar puedo ya con el amparo
 « De los dos paladines de mas brio
 « Que admira el orbe en el linaje mio.
 « ¿Porqué, teniendo en mi favor al héroe
 « Que la victoria obtuvo en Aspromonte,
 « Y á aquel que hasta las nubes
 « Eleva el esplendor de Claromonte,
 « Habré de permitir que así decida
 « Mi padre de mi amor y de mi vida?
 « No, no será; no quiero que de dolo
 « Roger me acuse, siendo así que al griego
 « Por mi padre fui solo
 « Hipotéticamente prometida.»
 No ménos que á la dama,
 Deja á Roger estupefacto é inquieto
 La nueva, que, sin ser ningun secreto,
 Tampoco es patrimonio de la fama;

Y de su suerte misera se queja,
Que, riquezas negándole y estados,
A tantos, ménos dignos, otorgados,
Lograr aquella dicha no le deja.

Por lo que toca á cuantos bienes puede
Dar natura al mortal, ó este conquista,
Reunidos se hallan en Roger; pues cierto
Es que á ninguno su belleza cede,
Que á su poder no hay nadie que resista,
Y que nadie obtendrá sobre él la palma
Ni de valor, ni de grandeza de alma.

El vulgo empero, que, á su antojo, honores
Dispensa ó quita (y vulgo, en mi concepto,
Es todo el mundo, excepto
Tan solo el hombre cuerdo; pues que reyes,
Papas y emperadores,
Nada son para mí, que en nada estimo
Mitras, cetros, coronas, y que creo
Que de todos los bienes de natura
Es el mejor el juicio y la cordura);
El vulgo, digo, que apreciar no sabe
La bondad, la virtud, la fortaleza,
Ni el valor, en el hombre
Mas mérito no ve que la riqueza.

« Si verdad es, » el buen Roger decia,
« Que ver á su hija emperatriz ansia
« El duque Amon, un año solo pido
« Para haber de su imperio
« Al padre de Leon desposeido,
« Y ceñido mi sien de una diadema
« Que alcanzar me permita
« El alto bien que mi alma solicita.

« Mas si, menospreciando la palabra
« Que me diera en presencia del anciano,
« Y de Oliveros y del rey Sobrino,
« Se obstina en dar la mano
« De su hija al sucesor de Constantino;
« ¿Qué haré? ¿debo exponerme á tal mancilla,

« O perecer primero que sufrilla?
« ¿Qué haré? qué haré? ¿Vengarme de este ultraje?
« ¿Quitar la vida al obstinado viejo
« Y á todo su linaje?
« No; que esto nunca aprovecharme puede,
« Y en grave daño mio al cabo cede.
« Mi afán fué siempre, y es, hacer que me ame,
« Y no que me aborrezca, mi querida.
« Si pues al duque Amon quito la vida,
« O le hago daño alguno, fundamento
« Doy para que enemigo se me llame,
« É impido para siempre el casamiento.
« ¿Qué debo pues hacer? Tener paciencia,
« O acabar de una vez con la existencia.
« Mas, ántes de morir, ¿porqué la muerte
« No doy á ese Leon, y á Constantino,
« Que mi ventura vino
« A convertir en deplorable suerte?
« No costó tanto á su troyano amante
« De la célebre Elena la conquista,
« Ni, en tiempo mas remoto, á Piritóo
« El rapto de su cara Proserpina,
« Como á Leon y á Constantino ansío
« Que cueste mi furor. Mas ¿me alucina
« Acaso mi pasion, ídolo mio,
« Cuando á creer me niego
« Que dejas á Roger por ese griego,
« Y que arrancarte pueda de mis manos
« Tu padre, unido á todos tus hermanos?
« ¿Será, di, que, del padre
« Accediendo á la súplica ambiciosa,
« De un simple caballero ser esposa,
« Méno que ser emperatriz, te cuadre?
« No; no es posible que de regio nombre
« O título imperial la vana pompa
« Así de Bradamante, en solo un dia,
« La fe, el amor y la virtud corrompa,
« Hasta el punto de hacer que se desdiga